



EL SECRETO
DEL ÚLTIMO U-BOOT

Antonio Pogo

EL SECRETO
DEL ÚLTIMO U-BOOT



Primera edición: junio de 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Antonio Pogo

ISBN: 978-84-18366-08-6

ISBN digital: 978-84-18366-09-3

Depósito legal: M-12738-2020

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Cristina.

EL SECRETO
DEL ÚLTIMO U-BOOT

PRÓLOGO

El presente relato es una ficción histórica enmarcada en el final de la Segunda Guerra Mundial en Europa, en el que diversos acontecimientos, personajes, y fechas reales se entremezclan con otros ficticios.

Es innegable y de conocimiento público que determinados jerarcas nazis huyeron antes del hundimiento final y fueron hallados en lugares lejanos después de terminar la guerra, y también es innegable y de conocimiento público que algunos de ellos simplemente desaparecieron sin dejar rastro alguno, o su supuesta muerte no se basa en pruebas irrefutables. Una vez sentado lo anterior, de alguna manera tuvieron que ocurrir determinados sucesos.

Después de emerger a pocas millas de la costa, Ferdinand Beier se hallaba en la torreta del submarino junto con Oskar Klein, su primer oficial, y dos serviolas que vigilaban el horizonte con sus prismáticos. Era una mañana fresca, pero que ya anunciaba la primavera de 1945, y nubes grises llenaban el cielo, pero no llovía, y la mar estaba tranquila.

Al aproximarse a la base noruega de Bergen distinguieron entre la niebla el grupo de gente que les esperaba, entre ellos mujeres que agitaban sus pañuelos. Había incluso una banda de música, y Beier sintió una tristeza infinita pensando en su mujer y su hijo de corta edad, que habían fallecido unos meses antes en un bombardeo de la R.A.F. Según le informaron posteriormente, el cadáver de su esposa apareció sepultado entre los escombros del edificio abrazando aún a su hijo, y él ni siquiera había podido asistir a las honras fúnebres al estar de patrulla con su U-Boot en el Atlántico Norte. También habían fallecido sus

padres, que vivían en el mismo edificio. Al parecer, una bomba sin detonar había hecho explosión después de que la gente regresara de los refugios antiaéreos. Actualmente era viudo, y como hijo único no tenía familia alguna, salvo un cuñado con el que su difunta esposa tampoco tenía mucha relación.

El submarino se aproximó lentamente al punto de ataque con todos los hombres disponibles formados en cubierta, hasta que finalmente fijaron los cables en los bolardos y quedó inmóvil en el punto fijado. El aspecto de sus hombres y el suyo propio eran lamentables, después de varias semanas ininterrumpidas de patrulla y diversos incidentes de combate, en un limitadísimo espacio húmedo y maloliente, sin las condiciones higiénicas adecuadas, respirando aire viciado con olor a gasoil, deposiciones de la tripulación, emanaciones de las baterías, comida podrida, sudor y olor corporal, dado que una ducha de agua dulce era inimaginable en un submarino. Casi todos lucían una barba descuidada, y los uniformes parecían haber sido recogidos del suelo de un establo.

Una vez colocada la pasarela, el propio comandante de la onceava flotilla, el capitán de fragata Heinrich Lehmann-Wilenbrock, subió a bordo y le estrechó la mano efusivamente, comunicando a toda la tripulación que pasaran a las dependencias de la base donde se les ofrecería un almuerzo y podrían hacer uso de

los baños y duchas de la base, así como tendrían a su disposición a los médicos allí destinados en caso necesario.

Lehmann-Wilenbrock era un buen hombre, un buen marino y un buen comandante de escuadrilla, y no se le conocía ningún apego especial por el partido nacional-socialista, por la política ni ninguna otra cosa que no fuera su flotilla de submarinos.

Tras unos minutos de gran algarabía, besos, abrazos y demás efusiones que a Beier le resultaron interminables y no mejoraron su humor, se dirigieron a uno de los comedores de la base donde la tripulación, después de las consabidas palabras de bienvenida y elogios dirigidos por el comandante de la base a los recién llegados, se abalanzó ávidamente sobre la comida fresca que se les ofrecía y que tanto habían echado de menos durante la larga patrulla, mientras formaban grupos con los civiles que habían ido a recibirlos.

Durante el almuerzo Beier comentó con Lehmann-Wilenbrock los incidentes de la patrulla.

No había sido una patrulla exitosa. Tras dos semanas sin avistar un solo barco ni convoy aliado, habían detectado finalmente un convoy. Iniciaron la maniobra de acercamiento para el combate en solitario al no constarles la proximidad de otros «lobos grises» en la zona, y dispararon dos torpedos al mayor de los

cargueros, impactando solamente uno de ellos en el blanco, que estalló instantáneamente en una enorme bola de fuego. Probablemente transportara combustible de aviación, explosivos, o ambas cosas.

Inmediatamente, dos destructores enemigos se lanzaron como perros rabiosos sobre el submarino, localizaron la nave con su maldito ASDIC y arrojaron una gran cantidad de cargas de profundidad.

Si soy sincero —comentó Beier— es el peor ataque de este tipo que he soportado en toda esta maldita guerra, que sorteamos como pudimos durante al menos 12 horas en inmersión. El timón principal —prosiguió Beier— junto con uno de los timones de profundidad de proa resultaron dañados, y también diferentes zonas del casco de presión que hemos reparado provisionalmente con soldaduras improvisadas. El submarino maniobra mal, y no es prudente sumergirse a poco más de la cota periscópica, por lo que decidí regresar con casi toda la dotación de torpedos sin disparar. Las reparaciones requerirán un dique seco y bastante tiempo de trabajo.

—Beier, no se preocupe. Es usted uno de mis mejores comandantes, y durante todos estos años ha obtenido éxitos notables. Por otra parte, ha regresado con una nave que puede ser reparada y con toda la tripulación intacta, así que no le dé más vueltas al asunto. Por cierto, Beier, pensaba comentar-

le un tema de suma importancia esta tarde después de que usted dispusiera de unas horas para asearse y descansar, pero dada la urgencia con la que me han planteado el tema, y como veo que tras la lamentable desgracia de su familia no se halla cómodo en esta reunión social, si no tiene inconveniente le pongo al corriente en mi despacho, donde le ofreceré un buen coñac y un cigarro, que un conocido mío destinado en el sur de Francia me conseguía en España antes del desembarco de los aliados en Normandía.

Beier asintió, y ambos abandonaron la reunión y se dirigieron al despacho del comandante de la flotilla.

Una vez en el despacho y cumplida la promesa del coñac y el cigarro, a la que añadió un café que él mismo preparó en una sala de reuniones anexa, Lehmann-Wilenbrock comenzó su exposición.

—Hace dos días recibí un mensaje cifrado desde Berlín del mismísimo gran almirante Dönitz en persona, interesándose por usted. Al parecer está al corriente de que usted ha intervenido en varias ocasiones en grupos de trabajo relacionados con la construcción de submarinos y la mejora de sus capacidades de combate, y tiene mucho interés y muchísima urgencia en reunirse para algo que no me quiso explicar, aunque sí exige el máximo secreto sobre este asunto. Solo usted y yo estamos al corriente de este mensaje, y, como le digo, este tema debe man-

tenerse en el más absoluto secreto. En el momento de recibir el mensaje usted ya nos había comunicado por radio su llegada a la base en el día de hoy, lo cual puse en conocimiento de Dönitz, y la respuesta fue inmediata mediante otro mensaje cifrado: esta misma tarde un vehículo de la base le trasladará al aeropuerto más cercano, donde le esperará un avión enviado por el gran almirante que despegará al anochecer, y se presentará ante Dönitz en cuanto llegue a Berlín. Al parecer, es posible que deba permanecer en Berlín durante algún tiempo, aunque se desconoce cuánto. El dominio del aire por parte de los aliados es abrumador, y los vuelos nocturnos y en aviones de pequeño tamaño son la única opción posible. No sé en qué demonios estará pensando nuestro gran almirante a estas alturas. Los rusos se acercan a gran velocidad por el este y los aliados por el oeste. Es evidente que la guerra está perdida, y en mi opinión la derrota total es cuestión de poco tiempo. No veo la razón de interesarse en estos momentos por las nuevas tecnologías en submarinos. Ni aunque tuviéramos mil submarinos provistos de los últimos adelantos cambiaría el curso de la guerra, y no entiendo que el fanatismo de algunos impida detener esta inmensa carnicería de una vez.

Beier estuvo de acuerdo, y aunque se hallaba muy sorprendido por lo extraño del asunto no dio mues-

tras de ello, además de ser consciente de que no tenía otra opción que dirigirse rápidamente a Berlín.

Lehmann-Wilenbrock finalizó deseándole suerte y su pronto regreso a la base, y, puntualizando que, dado el carácter secreto del asunto no había órdenes por escrito, por lo que podía recoger los papeles para un permiso en la oficina de personal, por si necesitaba alguna documentación que mostrar ante la policía militar u otro tipo de controles, ya que las deserciones estaban aumentando conforme empeoraba la situación, y empezaban a ser comunes las ejecuciones sumarias por este motivo, en ocasiones sin juicio previo.

Beier se aseó, descansó un par de horas y recogió todas sus pertenencias, que consistían en un único saco de marinero. Poco después fue trasladado en un vehículo de la base hasta un pequeño aeropuerto deportivo con pista de hierba, en la que efectivamente se hallaba preparado para despegar un pequeño avión ligero con pintura de camuflaje sin ningún distintivo militar.

El aparato despegó en cuanto oscureció, y aprovechó para recuperar algo del sueño atrasado de la última patrulla. Al fin y al cabo, un comandante de submarinos está acostumbrado a dormir en trastos que se mueven y con un motor como ruido de fondo.

El traqueteo del aterrizaje le despertó, y comprobó todavía somnoliento que se hallaban en el aero-

puerto de Tempelhof, a escasa distancia del centro de Berlín. Un kubel con dos marineros uniformados le aguardaba para dirigirse a la entrevista con Dönitz.

En el aeropuerto no había notado nada especial, pero en cuanto salieron del mismo quedó impresionado. La ciudad estaba arrasada, y recorrieron barrios enteros en ruinas. Según le dijo uno de los marineros del kubel, varias secciones del metro estaban inutilizadas por los bombardeos. La gente deambulaba por las calles en silencio con la mirada perdida arrastrando sus enseres, y se veía una gran cantidad de militares y personas uniformadas de todo tipo, incluidos viejos y adolescentes ocupados en el desescombro de edificios y apertura de calles, así como construcción de barricadas. También se veían largas colas en puntos en los que se distribuía comida, una imagen inédita para él en Berlín. En ese momento una tristeza infinita se apoderó nuevamente de su mente, y decidió que no iría a visitar su antiguo barrio, ni los restos de la que fue su vivienda y la de su mujer.

El kubel, tras dar varios rodeos evitando las zonas más devastadas, se detuvo con un chirrido de frenos en la entrada de un lujoso edificio, en el que ondeaban varias banderas y hacían guardia varios marineros armados.

Se dio a conocer ante las personas que se hallaban en la recepción del edificio, y en dos minutos apa-

reció una joven sonriente que le condujo por varios pasillos, oficinas y un ascensor hasta la antesala del despacho de Dönitz, que según le dijo le recibiría en cuanto terminase una conversación telefónica que estaba manteniendo en ese momento.

Beier se sentía incómodo. A diferencia del caos de la ciudad, el ambiente del edificio era de tranquilidad absoluta, como en tiempos de paz, o como cuando la guerra iba bien. La multitud de civiles y marineros que observó en el edificio era sonriente, fumaban y se gastaban bromas y todos los uniformes parecían recién estrenados. Él se había vestido con el mejor de sus uniformes, pero tenía la sensación de ser un mendigo que se ha colado en una boda, aunque notó que sus condecoraciones y su aspecto de venir directamente de una acción de combate imponía respeto.

Mientras daba vueltas a estas cosas se abrió repentinamente una puerta, y Dönitz en persona se dirigió hacia él. Era la primera vez que le veía personalmente, pero le reconoció por las fotos oficiales y las que aparecían en los diarios.

—Beier, encantado de conocerle —le dijo mientras sonreía y estrechaba firmemente su mano. Parecía más cansado y ojeroso que en las fotos oficiales, y Beier pensó que realmente no tenía un buen trabajo.

El almirante le dispensaba un trato propio de viejos camaradas. Ciertamente que ambos eran oficiales de la